ra la revolución, De la Rosa desembarcó en el puerto de Colón y sin dilación tomó el tren con destino a la capital departamental, donde se le esperaba ansiosamente. Luego de entregarle a Arosemena la correspondencia a él dirigida, le informó sobre sus gestiones en Bogotá y la negativa respuesta de Villar a su carta. Sumamente pesimista, don Pablo espetó: «Todo ha fracasado. Sería una locura buscarle enmienda».

«No obstante que el tono que dio a sus palabras denunciaba la convicción que las dictaba —rememora De la Rosa— me permití replicarle que con voluntad y diligencia, en los dos días que aún faltaban, mucho se podría hacer. Con la cortesanía que le era habitual, reafirmó sus conceptos, vaticinando además que los pasos que diéramos en ese camino conducirían a insuceso. Finalmente, le manifesté que creía que nuestros amigos no se resignarían a la inacción y que, como era mi deber hacerlo, iría a darles cuenta de cómo apreciaba él la situación. Nos despedimos cordialmente y acto seguido fui a juntarme con los amigos que, como se sabe, me aguardaban».[9]

La noticia del desaliento de Arosemena no bastó para que decayera el optimismo entre sus correligionarios amigos. A pesar de algunas dudas, acordaron reunirse dos días después. El 20 de octubre, antes de concurrir al lugar acordado, De la Rosa recibió la noticia de que Manuel A. Noriega acababa de ser detenido, y que la policía buscaba con igual propósito a Temístocles Díaz, Francisco Filós y a otros copartidarios.

Inmediatamente se dirigió a la casa de Temístocles, «amigo íntimo e inseparable compañero durante su meritoria vida», para informarlo de lo que estaba sucediendo e instarle que debían ocultarse a toda prisa. Y junto con Alberto Santodomingo (hijo del general Ramón Santodomingo Vila), los tres se dirigieron a La Boca, siguiendo la orilla del mar, para enconderse en la casa de Agustín, copartidario y amigo.

Temístocles le preguntó: «¿Tú qué vas a hacer?».

«Convidarte —repuso De la Rosa— a que nos vayamos en el primer barco que zarpe de Colón, para juntarnos con el general Rafael Uribe Uribe y luchar a su lado...».

«¡Aceptado!», exclamó Díaz sin vacilar.[10]

Para proveerse de los fondos necesarios para ese viaje, debían ponerse en comunicación con alguna persona de absoluta confianza. «... para el caso —escribió De la Rosa— nadie sería mejor indicado que don Domingo Díaz, padre de Temístocles y el mejor amigo que he tenido; pero he aquí que como deseábamos que él ignorara el asunto que teníamos entre manos, porque tal vez podría oponerse a su realización, surgió un dilema de cuyos términos era preciso que eligiéramos alguno; y tras la deliberación que se imponía, optamos por enviar a don Domingo una lacónica misiva, suscrita por Temístocles, solicitándole el envío de los recursos aludidos».[11]

De esa misiva, y con expresa advertencia de que no revelara el escondite, Agustín fue portador en la mañana siguiente. De regreso de esa comisión, éste les expuso que don Domingo, con insistencia, le pidió que le dijera dónde se encontraba su hijo, pero que a pesar de lo mucho que le respetaba, cumpliendo la recomendación que se le hizo, se negó a complacerlo; y en resumidas cuentas que no recibió ninguna respuesta.

Es de suponer que don Domingo le haría seguir los pasos a aquel buen amigo, pues por la noche del día de marras se presentó donde los tres se encontraban. Les informó que la Gobernación del departamento había recibido aviso oficial del estallido de la revolución; que a eso obedecía la detención de Noriega y la persecución a ellos y a otros amigos. Esas noticias los movieron a que le explicaran con lealtad el proyecto que tenían y las causas que lo determinaron.

Tal como lo habían pensado, don Domingo desaprobó la idea de que se unieran a Uribe Uribe, manifestando a la vez, que aunque de momento se carecía por causas bien conocidas de armas suficientes para un levantamiento en regla, debían pronunciarse en Panamá con

las escasas que se pudieran reunir, en la seguridad de que muchos copartidarios con entusiasmo los seguirían, para lo cual inmediatamente él se daría a la tarea de prevenirlos y que luego les comunicaría, durante el curso del día siguiente, cuándo y en qué lugar podrían reunirse con ellos, por conducto de Agustín, porque por razones obvias no sería prudente que él mismo volviera a visitarlos.

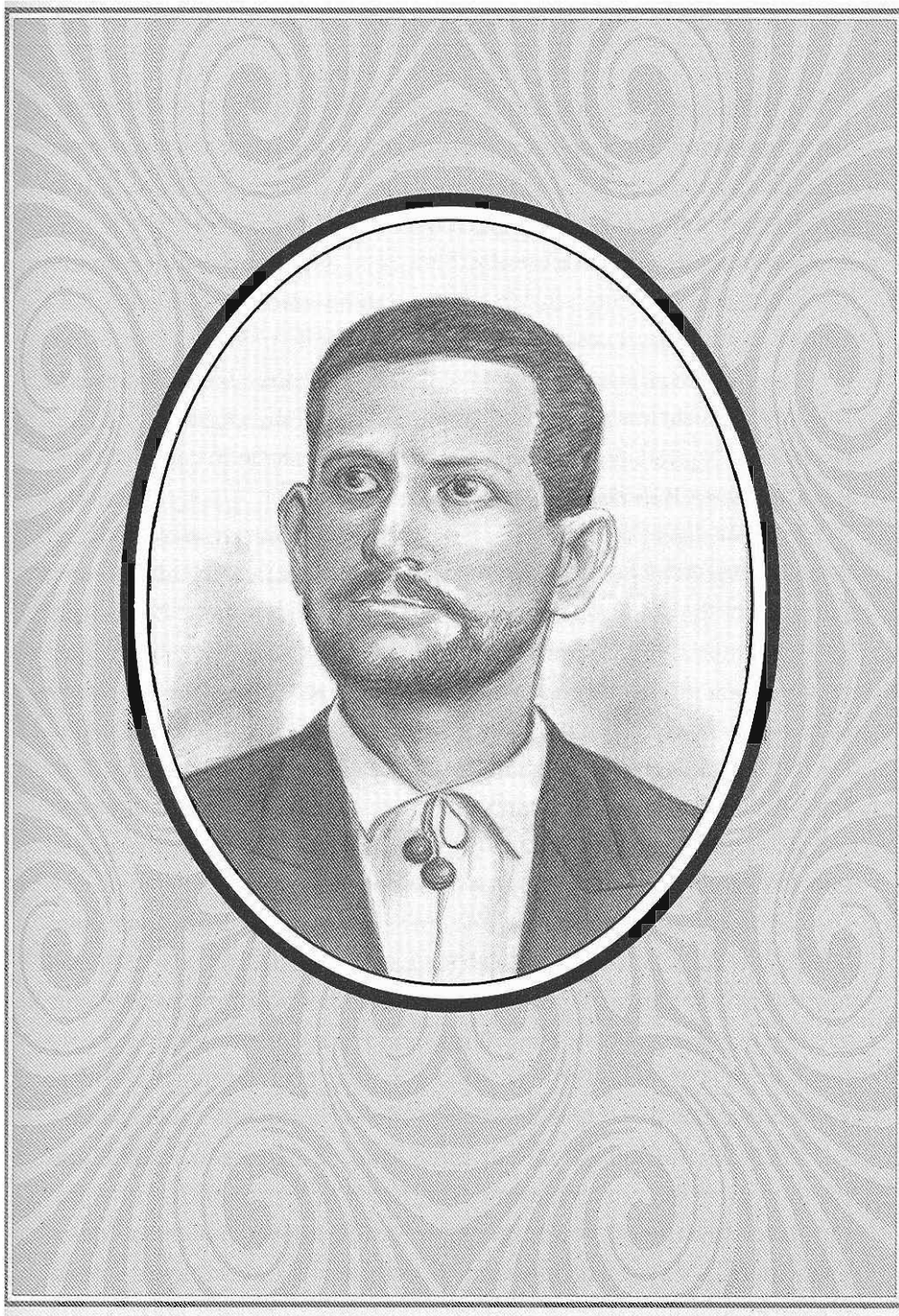
Como emotiva conclusión de la entrevista, De la Rosa recuerda: «Tales eran su continente, el ardor de sus palabras y, sobre todo, el influjo que sobre nosotros tenía, como padre y amigo inmejorable, respectivamente, que sin meditar las consecuencias de su decisión, respetuosamente la acatamos».[12]

Primera aventura bélica de Temístocles Díaz

Agustín, después de algunas entrevistas con don Domingo, les informó que a las ocho de la noche llegaría para seguir con ellos el copartidario y amigo José Agustín Arango Jované; que en la población de Corozal los esperarían esa misma noche todos los demás liberales que coadyuvarían a la conspiración; y añadió, de su cuenta, que en la ciudad había efervescencia y que pelotones de policía la rondaban. Al regresar de una de sus salidas, les llevó sendos revólveres de que carecían.

Puntualmente Arango Jované llegó a la casa donde estaban ocultos. Pocos momentos después se les unieron dos voluntarios más, uno de ellos de nombre José Pablo Urriola. Horas antes, don Domingo les había llevado de su peculio algunos fondos, los cuales, por estar representados en monedas de plata, los distribuyeron entre Temístocles, Santodomingo y De la Rosa, pensando que no era conveniente que uno solo los llevara consigo.

Dados los informes que tenían de que la policía había establecido un servicio de rondas, era casi seguro que se habría situado alguna vigilancia a la salida de la ciudad, en la línea del ferrocarril por donde,



Temístocles Díaz

necesariamente, tendrían que pasar para llegar a Corozal. En tal virtud convinieron, para no llamar mucho la atención, en no abandonar el escondite todos a la vez, sino uno a uno, y en ese orden seguir la marcha hasta cruzar por el lugar referido y que si a pesar de esa precaución se les interrogaba en alguna forma, se harían los desentendidos y no ejercerían actos de violencia, sino en caso de que fueran atacados.

La línea del ferrocarril a la salida de Panamá estaba bordeada por viviendas de los barrios de Pueblo Nuevo y San Miguel, las cuales no estaban frente a frente, pues al terminar la hilera de casas del primero, comenzaban las del segundo.

Emprendida la marcha, siguieron sin contratiempo en el orden acordado; mas después de que los delanteros habían llegado frente a las casas de San Miguel, oyeron un «¡Alto! ¿Quién vive?». De los que los seguían, Arango Jované, «que era impetuoso», disparó su revólver contra el que dio la voz de alerta, que resultó ser un agente de la policía que estaba de centinela, el que a la vez, correspondió con otro disparo. Rotos así los fuegos, Temístocles rápidamente disparó también. El centinela cayó herido en una pierna, según se supo después, visto lo cual algunos de los liberales trataron de alejarse aceleradamente, casi corriendo.

Entretanto, a Alberto Santodomingo, uno de los que precipitadamente trataron de alejarse del teatro de los sucesos, no lo vieron más, porque según supieron mucho tiempo después, se torció un pie al saltar por encima de las traviesas, accidente que lo obligó a esconderse en unas malezas hasta que, poco a poco, pudo regresar a Pueblo Nuevo y tomar un carro repartidor de pan que lo llevó a la ciudad.

En Corozal los esperaban Juan Antonio Mendoza, José María Marín y dieciséis copartidarios más. Estaban armados de rifles Remington y una que otra carabina Winchester, con no muy abundantes municiones para esas armas. Con la premura que las circunstancias requerían, siguieron por la vía férrea y luego torcieron a la izquierda

vadeando un riachuelo y se internaron por una vereda que estaba muy fangosa y que conducía a Arraiján, población a la que llegaron como a las seis de la mañana.

En pos de ellos, pero con tardanza que justificó la suposición de que no serían alcanzados antes de llegar a Corozal, salió a perseguirlos una compañía del batallón *Colombia*, la cual pasó por esa población cuando ya la habían abandonado y avanzó hasta Emperador, sin conseguir noticias de ellos.

Apoderados del telégrafo, ordenaron preparar desayuno para todos y mientras tanto se dieron a la tarea de solicitar en alquiler las cabalgaduras que se pudieran encontrar. Conseguidos esos menesteres y pagados sus valores correspondientes, cayeron en la cuenta de que Alberto Santodomingo, a consecuencia del accidente que le sobrevino, no pudo devolverles la parte de los fondos con que contaban.

De Arraiján se dirigieron a la ensenada de Bique, donde existía un caserío de agricultores, con el objeto de contratar embarcaciones para trasladarse rápidamente a la provincia de Coclé, que era su principal objetivo. Tomaron esa determinación porque el trato y comunicación de las poblaciones del interior del departamento entre sí y con la ciudad de Panamá, se hacía en aquel entonces por agua, debido a que no existían caminos expeditos sino veredas que, además, por esos días estaban intransitables a causa del invierno reinante.

De la clase de embarcaciones que podían servirles, en el puerto solamente había dos. Ese contratiempo los obligaba a demorarse en ese lugar hasta la tarde del día siguiente. Esa noche redoblaron el servicio de vigilancia, que pasó sin novedad. Pero al llamarse a lista en la mañana siguiente, quedaron de manifiesto algunas deserciones. Alertados sobre la posible llegada de tropas para atacarlos, su situación era crítica y era necesario darle pronta solución.

En esa estaban cuando un inesperado acontecimiento vino en su ayuda. Procedente de la ciudad de Panamá llegó al poblado un sujeto portador de una carta dirigida a Temístocles y a De la Rosa, suscrita

por José Agustín Arango y José Guillermo Lewis, en la cual les participaban que el gobernador del departamento, Facundo Mutis Durán, los había designado para que, en nombre del Gobierno, celebraran una entrevista con ellos tendiente a efectuar un arreglo que pusiera fin a la revuelta; que, por tanto, les anunciaban que al día siguiente, a la hora en que la marea lo permitiera, arribarían al puerto de La Chorrera con tal objeto, seguros como lo estaban, de que los dos concurrirían a la cita, «animados de la misma buena voluntad con que ellos lo hacían».

De común acuerdo, Temístocles y Arango Jované (sobrino y yerno del primero de los comisionados de la Gobernación), designaron a De la Rosa para que, en representación del movimiento armado de que se decían jefes, discutiera y firmara un arreglo decoroso que resolviera sus dificultades.

De la Rosa se apresuró a irlos a esperar y desde la embarcación que los traía, lo saludaron amablemente; ya en tierra, se abrazaron, ya que le unía a ellos antigua amistad. Reunidos en una casa vecina De la Rosa les manifestó que sus compañeros y él les estaban muy reconocidos por haber aceptado la misión que los traía.

A modo de preámbulo, Arango le expuso que en la ciudad de Panamá reinaba mucha ansiedad por la suerte de los alzados en armas, porque se tenía conocimiento de que el Gobierno había despachado gran parte del batallón *Colombia* para que los atacase donde los encontraran.

Con tal motivo —le dijo—, «un grupo de caballeros partícipes de ese justificado desasosiego general» visitó al gobernador del departamento con el propósito de conseguir que nombrara una comisión de paz que buscara los medios de evitar un encuentro que se consideraba sería funesto para los sublevados, teniendo en cuenta la inferioridad de sus fuerzas en comparación con las de los perseguidores. Como resultado de esas gestiones, los comisionados venían a cumplir gustosamente la misión que el gobernador les había encomendado;

es decir, proponerles un convenio mediante el cual no habría ni vencidos ni vencedores.

De la Rosa le contestó que lo que acababa de exponer acrecentaba su gratitud, pero que «estaban preparados para rechazar las agresiones de sus tropas, las cuales se llevarían un gran chasco si contaban con que era empresa fácil vencernos, porque estábamos resueltos, en el último caso, a venderles cara la victoria y nuestras vidas». Altiva frase utilizada únicamente por aquello de 'salvar el honor' —si es que en realidad De la Rosa la utilizó—.

«Precisamente —interrumpió Lewis—, nuestro principal empeño consiste en evitar el sacrificio estéril de sus vidas y las de sus compañeros...».

«Tales razonamientos —confiesa De la Rosa— teniendo en cuenta que nos encontrábamos en situación desesperada, como queda demostrado, no podía redargüirlos, honradamente, sin incurrir en contu-macia».

En consecuencia, procedieron a discutir los puntos esenciales del convenio que luego se firmó, en cuyas cláusulas quedó especificado por parte del Gobierno que los claudicantes liberales gozarían sin menoscabo alguno de su ciudadanía, pues solamente adquirían el compromiso de entregar las armas.

De la Rosa regresó a Bique, donde dio cuenta a sus compañeros del contenido del convenio que acababa de firmar, y todos manifestaron su complacencia. Luego se disolvieron y emprendieron el regreso a sus hogares.Temístocles Díaz, Arango Jované y De la Rosa se dirigieron a una hacienda de propiedad del amigo y copartidario Eduardo Icaza, quien les brindó amable hospitalidad. Al día siguiente, por la vía de Farfán, se encaminaron a La Boca, y en un coche, entraron a la ciudad de Panamá en horas de la tarde... La primera aventura revolucionaria de los ardorosos liberales había terminado oscura y lánguidamente.

Obstinamiento revolucionario

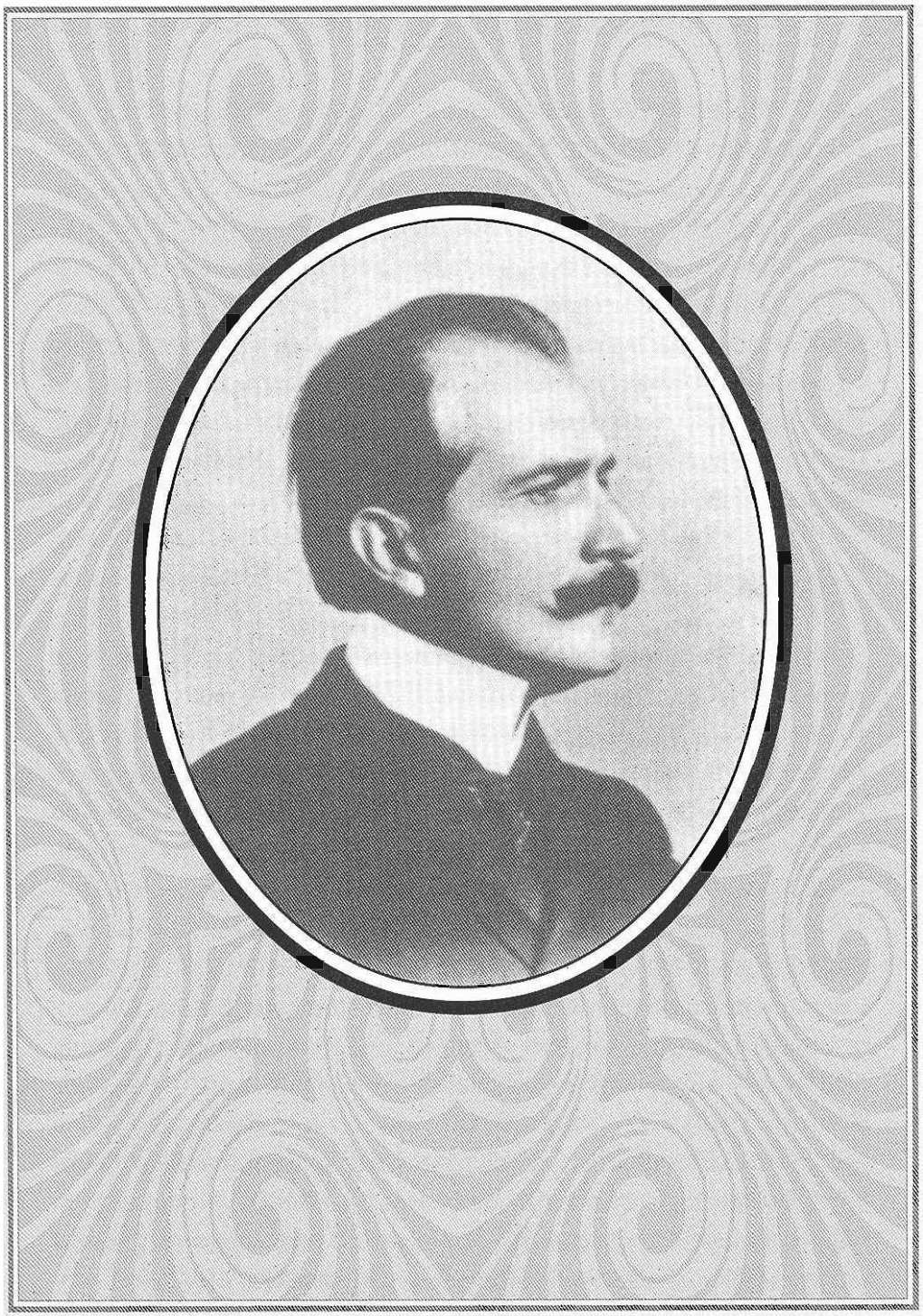
Como quiera que Temístocles Díaz y Domingo de la Rosa se consideraban obligados a respaldar con hechos su labor prerrevolucionaria, la noticia de la toma de Tumaco por parte del ejército liberal les sugirió el derrotero que debían seguir.

Resolvieron entonces ir directamente a Guayaquil y de allí a Tumaco para evitar tocar puertos colombianos. De la Rosa no pudo ausentarse de la ciudad en la misma fecha en que lo hizo Temístocles, sino pocos días después. Encontrándose en Guayaquil, allí se enteraron de que fuerzas gobiernistas habían recuperado a Tumaco.

Ese contratiempo daba al traste con sus planes, pues con la pérdida de esa plaza quedaban sin campamento a donde ir a prestar sus servicios. Sin embargo, pronto fueron informados de que un numeroso grupo de copartidarios tenían muy adelantados los preparativos para organizar y equipar un contingente armado que invadiría el departamento del Cauca por la costa sur, al que pronto se sumaron.

Señalada la fecha para la partida de la expedición, en uno de los vapores caleteros con rumbo a Esmeraldas se embarcaron Simón Chaux, Julio Plaza, Juan Jacobo Restrepo, Roberto Payán, Ricardo Gómez, Elías Medina, Francisco Galindo, Ricardo Armenta Arjona, Roberto Uribe, Aníbal Dosman, Laureano Gasca, Federico Lince, Temístocles Díaz, De la Rosa y otros más. En Esmeraldas se les unieron dieciseis copartidarios.

El doctor Simón Chaux estaba investido con el carácter de jefe de la expedición. «Hombre de letras, su nombre figuraba como el de uno de los mejores escritores de su época, motivo por el cual carecía de prestigio militar entre los revolucionarios —caucanos sureños— que formaban la gran mayoría de la expedición».[13] Por su parte, Julio Plaza tenía fama de jefe de exitosas actuaciones bélicas bien conocidas en la región, por lo que, por lo bajo, se censuraba que se hubiera encomendado a Chaux, y no a Plazas, la dirección de las operaciones mili-



Simón Chaux